

Nicolás Poussin

JUAN DEL AGUA*

«Je n'ai rien négligé»

SEGÚN él mismo, tal fue el criterio que dirigió su mano de pintor, pero ¿su vida? Una reciente biografía de Jacques Thuillier, profesor en el Collège de France, *Nicolas Poussin* (Fa-lard. París, 1988), confirma la rara coincidencia: la obra y la vida del pintor francés se fueron configurando bajo la misma fundamental pretensión, estuvieron presididas por una idéntica exigencia moral: evitar el capricho. En la primera página de *Origen y epílogo de la filosofía* ha escrito Ortega: «Se trata de evitar el capricho. El capricho es hacer cualquiera cosa entre las muchas que se pueden hacer. A él se opone el acto y hábito de *elegir*, entre las muchas cosas que se pueden hacer, precisamente aquélla que reclama ser hecha. A ese acto y hábito del recto elegir llamaban los latinos *eligentia* y luego *elegantia*. Es, tal vez, de este vocablo del que viene nuestra palabra *int-eligencia*. De todas suertes, *Elegancia* debía ser el nombre que diéramos a lo que torpemente llamamos *Ética*, ya que es ésta el arte de elegir la mejor conducta, la ciencia del quehacer. Elegante es el hombre que ni hace ni dice cualquier cosa, sino que hace lo que hay que hacer y dice lo que hay que decir». Poussin, más modestamente, decía al final de su vida: «*Je n'ai rien négligé*». Esta conducta, tan poco común, hace de él uno de los paradigmas humanos más interesantes que llevaron a cabo la restauración del *royanme* durante el siglo XVII, el *Gran Siècle* francés.

Porque, en efecto, el siglo xvn, en el que Francia se constituye como nación en su dimensión territorial actual —salvo el condado de Niza y Córcega—, es el siglo de una extraordinaria restauración creadora. Las guerras de religión del siglo anterior, de una violencia vesánica, habían arruinado al país. «Quien hubiera dormido cuarenta años —decía Etienne Pasquier—, lloraría al ver, no a Francia, sino al cadáver de Francia.» Casi cuatro siglos después, Jacques Thuillier confirma: «Hay que repetir una vez más que las guerras de religión trastornaron la organización social de la Francia de los Valois —quizá de una manera todavía más profunda que lo hará la Revolución en la de los Borbones doscientos años más tarde— y, sobre todo, comprometieron la tranquila y prometedora floración de las provincias, entonces llenas de savia, hasta le punto que ya nunca se repondrán enteramente de las atroces heridas». En el dominio artístico esto se tradujo por la

desaparición de los diversos focos creadores. «Los talleres habían sido arruinados y dispersados, los tesoros que constituyen el patrimonio y la tradición de los centros artísticos destruidos. La mayoría de las obras que ornaban las iglesias y los edificios públicos habían desaparecido.» Sin tener en cuenta la significación y alcance en la trayectoria histórica de Francia de las guerras de religión, no se puede entender lo que acontece después. Cuando despunta el siglo xvii hay que reconstruir en todos los dominios: la religión, el Estado, las letras, las artes, las costumbres.

Poussin, que ha nacido en una pequeña ciudad de Normandía, Les Andelys, uno de los parajes más bellos del valle del Sena, será uno de los grandes reconstructores. Sus padres, un viejo militar que casó en el lugar con la viuda de un notario, poseen alguna fortuna y le dan la educación que procura el famoso colegio de los jesuitas de Rouen. En esta ciudad debió despertar su vocación artística, ciudad rica en monumentos, sobre todo, del gótico tardío, con maravillosas vidrieras del xvi de rojos suntuosos, azules profundos, amarillos de plata, con espléndidas esculturas y retablos. Su primer aprendizaje se hace a través de las estampas de Flandes, uno de los medios de propaganda y educación religiosa de la reforma católica, con lo que se viene a reanudar artísticamente con la corriente flamenca, tan influyente en Francia desde el último tercio del siglo xiv. Del dibujo pasa a los pinceles bajo la dirección de un tal Varin, pintor de algún mérito que trabaja en Normandía al que Poussin, hombre de gratitud, conservará siempre cariño. En 1612, con dieciocho años, va a París a realizar su verdadero aprendizaje, y donde se queda hasta 1624. ¿Qué impresión, pregunta el autor, le causó la capital?. «Mediocre, quizá, en todo caso, parece seguro que Poussin no contó entre los verdaderos enamorados de París.» ¿De la ciudad o de su ambiente? La cuestión podría tener su importancia, como veremos más adelante.

El cuadro que Thuillier nos presenta del París de las primeras décadas del siglo xvii es muy contrastado; y de sumo interés. Su aspecto es aún medieval, con las calles estrechas y sucias, con muchas mansiones, conventos e iglesias lujosos, pero todavía sin una clara ordenación urbanística. Es una ciudad muy poblada y llena de vitalidad, en plena mutación y que vive con María de Medici a la hora italiana. De Italia y de Flandes son los pintores que cuentan, y a asimilar el nivel que representan Poussin va a dedicar el esfuerzo de estos años de mocedad. No se olvide que en pintura, como en los demás dominios de la vida, se trata de recuperar el nivel perdido. De la vida parisina de esos años se saben pocas cosas. Que conoció a varios pintores, que cayó enfermo y retornó durante un año a la casa paterna en Les Andelys; que trabajó para sus antiguos maestros los jesuitas; que pintó algunos cuadros para la nobleza; que estuvo en contacto con las personalidades que contaban en el mundo de la cultura. Pero, ¿cómo se sintió en París?. Como con las demás cosas, las guerras civiles habían modificado profundamente las costumbres. La necesidad de «restaurarlas» era bien patente, y la literatura ascética, de espiritualidad, el teatro de Corneille y Racine, la obra de Pascal, etc.,

LA RECONSTRUCCION DE FRANCIA

**LA
INFLUENCIA
ITALIANA**

responden a lo largo del siglo en buena medida de ello, así como a la necesidad de ofrecer una imagen de la vida coherente, rica en situaciones, multilateral, ordenada a Dios. Es obvio, sin embargo, que estos nombres y otros muchos, aunque los más fecundos e importantes de la literatura, no agotan la representación de la sociedad francesa del xvii. La sociedad más integrada y en concordia arrastra siempre elementos marginales, cuya capacidad desintegradora sólo puede ser contenida por una vida colectiva innovadora y alerta. Pues bien, en el primer tercio del siglo, por no decir en la primera mitad, la nobleza parisina y los *beaux esprits* presentan una mezcla inextricable de rudeza, grosería, libertinaje, refinamiento, cierto sentido del honor y fe religiosa que difícilmente puede calificarse de «clásica». Poco a poco se irán instalando en la nueva forma de vida del *honnête homme*, aunque la pervivencia subterránea de la corriente pirronista y libertina, siempre presta a reactivarse —por la ambigüedad y el «realismo» en los asuntos del Estado y de la política exterior, la rigidez y el pesimismo excesivos del jansenismo que ofrece una imagen distorsionada del cristianismo, etc.—, constituirá siempre un factor de dislocación moral, como se verá inmediatamente después de la muerte de Luis XIV (1715), durante la Regencia y, en general, el resto del siglo xviii. Me refiero, es claro, a una parte de la clase dirigente, no a la inmensa mayoría del pueblo francés. Esta actitud de cinismo y «listeza», y que según su propia —y acertada— expresión nace «*de la malignité du coeur*», es lo que repele a Poussin de París. Sentimiento que se intensificará cuando retorne a la capital desde Roma en 1640. Roma, donde Poussin ha ido en 1624 a mejorar su oficio, y que va a resultar la gran aventura de su vida.

«La vida libre de Italia» que entusiasmara a Cervantes, la belleza de su paisaje y sus ciudades, el prestigio de su arte, la manifestación de la cultura barroca en su apogeo, nueva síntesis, desde las raíces greco-latinas y cristianas de la cultura europea, en la que se integran y vivifican en formas nuevas milenio y medio de historia, van a ser la fuente de inspiración y la norma que adopta para dar la perfección a su estilo y estructurar durablemente su vida. Una aventura, empero, que pudo terminar pronto y mal. Pues al poco de llegar a Roma, de obtener la protección y amistad de la familia Barberini, gracias al Caballero Marino que había conocido en París, y de instalarse en la vía Paolina en el barrio de San Lorenzo in Lucina, una moza del partido le contagio el «mal francés». Muy enfermo, gracias a la compasión de un compatriota cocinero, Jacques Dughet, y de su mujer que le cuidaron con suma afección, consiguió salir del horrible bache. Después, fue conociendo a los artistas franceses residentes en Roma, Du Quesnoy, Vouet, Lanfranc, Le Lorrain, Mellin. Los primeros tiempos fueron difíciles, Poussin tenía que vender sus cuadros por muy poco dinero, pero en 1628, después de haber pintado un *Germánico* para el cardenal Barberini, éste le pide un *San Erasmo para San Pedro*. Poussin ha visto hecho realidad su largo esfuerzo: su prestigio como pintor es muy alto, sus cuadros muy bien pagados. Es un personaje en Roma y tiene el porvenir totalmente abierto: aparentemente está

curado de su enfermedad, tiene la posibilidad de convertirse en el pintor de un gran príncipe o trabajar para el rey de Francia, alcanzar la gloria decorando cúpulas y bóvedas, pintando retablos. Pero en vez de eso, a los treinta y seis años, se casa con una hija de su amigo cocinero, Anne Dughet, se instala definitivamente con la familia que le ha ayudado a salir del mal paso, y se retira de la «feria de las vanidades», de «*la foire sur la place*», como decía Romain Rolland. Y va a dedicarse a pintar lo que él quiere, en cuadros más bien pequeños, de tema mitológico o religioso, algún retrato, para los gentilhombres franceses e italianos que van a ser, a menudo, también sus amigos. Poussin va, pues, a llevar la vida libremente elegida de un *honnête homme*, dueño de sí y de su oficio, al que gusta pasear en animada tertulia de *connaisseurs* en los atardeceres dorados de Roma.

Desde entonces hasta la muerte, salvo el viaje a París en diciembre de 1640, apenas le suceden cosas extraordinarias. Su vida transcurre en una admirable cotidianeidad severa, ordenada, que sus numerosos sobrinos —él no tiene hijos— llenan de cálida alegría, dedicado a su trabajo, pero con la holgura precisa de vivir con sosiego y elegancia. El único gran acontecimiento es su viaje a París. Luis XIII le manda venir, él tarda en decidirse; por fin, con casi un año y medio de retraso, en diciembre de 1640, emprende el viaje. Pero en París, Poussin no se siente a gusto. Hay un clima de activismo en el que a menudo la apariencia prima sobre la realidad, la conveniencia sobre la verdad. «La agitación de esta ciudad es tal —escribe a un amigo romano— y tan desagradable para quien está acostumbrado a la vida de Roma, que le parece cosa cierta haber pasado del paraíso al infierno.» Tampoco le gusta lo que tiene que hacer: decoración, retablos, que no le inspiran. En el verano de 1641, con el pretexto de ir a buscar a su mujer, y la promesa de volver, retorna a Roma, donde se quedará para siempre. Pintando para los numerosos amigos franceses e italianos, instalándose cada año que pasa en una experiencia de la vida cada vez más rica y honda; en esa experiencia de sabiduría en que la vida se toma en mano a sí misma, sabe quién es, descubre melancólicamente su menesterosidad radical, su fracaso inevitable: «Si la mano me quisiera obedecer tendría la ocasión de decir... que el hombre se acaba y se va cuando es más capaz, o cuando estaba, por fin, listo para hacerlo bien». De ahí que el hombre no pueda vivir de cualquier modo, hacer cualquier cosa. Pero para poder hacer lo necesario, se entiende intentarlo, el hombre tiene que conocerse. Por eso, lo que persigue Poussin es la interpretación lo más exacta posible de la interioridad de la persona, que se expresa en «las pasiones del alma» y se encarna en los gestos de los rostros y de los cuerpos concretos. Poussin privilegia, precisamente, el «momento» en que esa interioridad emerge con mayor plenitud de significado. Además, las personas conviven y, por eso, sus cuadros están llenos de personajes bien ordenados, cada cual en el lugar que le corresponde, según el papel que tiene en el drama que representan: son, pues, ellos mismos, con sus gestos en sus rostros y sus cuerpos, «ayudados» por el color del artista, los que cuentan la historia, *interpretan la vida*. Una vida que, a menudo, transcu-

VIDA DE TRABAJO

re en grandiosos paisajes claros, paraíso que refleja la belleza y bondad del Creador. Porque, Poussin no es un imitador del *sabio* antiguo, sino un cristiano para quien la vida tiene su vértice en Dios. Y al que, *por eso*, preocupan la verdad de las cosas de este mundo.

Pocos años antes de morir, las secuelas de su enfermedad reaparecen: no domina su brazo. Con gran esfuerzo tiene que yuxtaponer los colores. Sus clientes le apremian para que acabe las obras, pero él contesta que ya ha dejado los pinceles y no piensa más que en morir; es decir, se prepara para dar el último paso que rubrica la vida, para llevarla al umbral donde empieza la Luz y la Misericordia insondables. Antes, lo deja todo dispuesto. Divide su no pequeña fortuna entre los restos de su familia francesa e italiana, dispone las ceremonias de su entierro. Las secuelas de su mal son cada vez más dolorosas. Sangrías y purgas hacen de su agonía un calvario. «Al fin —cuenta un testigo— el 19 de noviembre de 1665, justo cuando daban las doce del mediodía, murió, después de haberse confortado con todos los sacramentos de la Iglesia, como un perfecto cristiano y católico. Al día siguiente, el cadáver fue llevado a la iglesia de San Lorenzo in Lucina que era su parroquia. Fue expuesto con grandes honores, la misa de réquiem se cantó en presencia de todos los académicos de Roma, se celebraron multitud de misas y fue enterrado en medio del dolor universal.» Así despidieron de este mundo los romanos a uno de los franceses más geniales de su siglo, un *galantuomo* al que llamaban *Monsú Possino, pittore fmncese*, y que fue tan *clásico* en su vida como lo es en su obra, porque en ambas evitó el capricho y siguió la normal.